

CRÓNICA DE UN BAILE CLANDESTINO

Una novedad editorial es la obra *Tradiciones y conflictos. Historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica*, coordinada por Pilar Gonzalbo Aizpuru y Mílada Bazant, pues es un libro con una suma de atractivos textos sobre conflictos de reivindicación de personas que pertenecen a grupos minoritarios. Entre ellos, el texto de Bazant titulado “Crónica de un baile clandestino” tiene un lugar especial. Además de ser de una confección pulcra y de lectura ligera, tiene una sólida investigación que lo sostiene académicamente. Pero esto no es sino lo mínimo indispensable en cualquier texto, lo que lo vuelve especial es que también es apto para ojos morbosos y escudriñamientos curiosos de chismes del pasado.

Este texto nos habla de una fiesta, de una reunión, ocurrida en noviembre de 1901 en la ciudad de México, pero a pesar de que esta reunión no fue una excepción, es notable por el revuelo que causó. No se trataba de un juego de dominó de algunos amigos, o de la presentación en sociedad de una señorita de alcurnia. “No, se trata de unos ‘canallas’, ‘repugnantes’ y ‘depravados maricones’ que planearon con anticipación la inusitada y osada reunión que sorprendió y asqueó a la opinión pública y alarmó a más de un personaje”¹.

Este baile clandestino reunía a cuarenta y dos maricones, ¿o a cuarenta y uno? Eso es parte del asunto. Resulta que estas personas, calificadas así no por Bazant, ni por quien esto escribe, sino por la prensa de la época, se reunieron, algunos vestidos de hombre y otros de mujer. El asunto no hubiera sido problemático en principio, puesto que esta fiesta no era por mucho una excepción, el problema vino cuando algún vecino ofendido, llamó a los gendarmes, lo que provocó que se arrestaran a los festejantes quienes entre sus actividades incluían la rifa de un “Pepito [...] con bigotito rizado, como ésos que les gustan a las muchachas románticas”², entre otros juegos picosones que nuestro querido lector conocerá si se acerca al artículo (se puede descargar desde la Internet, al final damos la dirección).

Pero eran cuarenta y dos o cuarenta y uno, ese es todo un tema. Lo cierto es que eran cuarenta y dos, pero uno de ellos era, ni más ni menos que el multimillonario Ignacio de la Torre y Mier, quien además era el flamante sobrino del presidente de la República,

¹ BAZANT, 2007: 319

² BAZANT, 2007: 321

don Porfirio Díaz, casado con su hija Amada. Esta razón lo hizo ser borrado de los registros, por lo que en la memoria del hecho los asistentes fueron cuarenta y uno. Entre ellos había otros connotados ciudadanos de la capital mexicana cuyos nombres fueron también borrados gradualmente y que sin duda no sufrieron las consecuencias de los menos afamados. Algunos de los asistentes fueron llevados a la cárcel y luego confinados a actividades militares como castigo a su reprobable actuación.

Finalmente, el cuarenta y uno (41) fue un número que a la postre se convirtió en un número asociado la homosexualidad y a la depravación, y aunque en el uso cotidiano esto pervive, no lo hace la memoria de este hecho que la prensa y la opinión pública condenó en aquellos amaneceres del siglo XX. Mílada Bazant nos describe paso a paso la crónica del baile y de las consecuencias del mismo en este artículo, apto, como ya hemos dicho, tanto al escudriño histórico como a las miradas morbosas y/o curiosas que quieran saber cómo el cuarenta y uno se convirtió en un número de vergüenza.

Jonatan Gamboa

Mílada Bazant, “Crónica de un baile clandestino” en GONZALBO Aizpuru, Pilar y Mílada Bazant (coordinadoras) 2007, *Tradiciones y conflictos. Historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica*, México, El Colegio de México y El Colegio Mexiquense: 319-347.

El artículo aquí reseñado se puede descargar desde Internet en la dirección:
<http://www.cmq.edu.mx/docinvest/document/DI97353.pdf>